

Casi un vuelo

El viento que entraba por el ventanal comenzaba a enfriar el ambiente y dispersaba el aire saturado de humo. Eran las dos de la madrugada, se nos había acabado el licor y la yerba, y empezábamos a dormir mientras nos tomábamos las últimas tres cervezas. Gabriel había encontrado en la nevera. Mauricio se levantó con dificultad, se dirigió al ventanal, se quedó contemplando las luces de la ciudad.

—Es maravilloso dedicarse a contemplar la vida —comentó, mirando muy despacio el humo del cigarrillo.

Gabriel dio un salto que me espabiló y, dirigiéndose a la espejetera de Mauricio, dijo con un tono bastante pontificio:

—La vida no hay que contemplarla, hay que vivirla. La vida pertenece a los valientes y aguerridos, no a los cobardes, ni a los que son buche y pluma no más. ¿O no te parece? —esto último dijo dirigiéndose a mí.

Me quedé pensando en su apreciación mientras Mauricio trató de atacar la posición de Gabriel acusándolo de promover valores violentos, de glorificar la figura del macho con huevos, de poseer un espíritu belicoso, y otros calificativos vehementes que dejaron

Gabriel hundido en el sillón. Me sacaron de mi meditación cuando los dos exigieron que sentara mi posición en aquella disputa.

-No sé qué responder -les dije-. Pero cada vez que se plantea esta discusión recuerdo una anécdota de mi niñez, cuando logré enfrentarme al niño más temerario que habíamos conocido, algo que nadie esperaba de mí.

Y les conté la historia de Víctor.

Siempre que evoco aquella época de mi infancia, el primer recuerdo que acude es el de un juego en una pequeña arboleda, en el momento justo en que Víctor tiró los dados. Todavía estaban saltando y dando vueltas cuando Martín, que estaba en frente suyo, miró por encima de su hombro con una expresión que mezclaba admiración y ansiedad. Luisa, Víctor y yo miramos en la misma dirección, pero antes de descubrir el objeto de su pasmo, eché un vistazo a los dados y comprobé que formaban el número ocho: Víctor había ganado de nuevo. Los moví para que dieran cualquier otro número y corrí tras mis compañeros para cazar una iguana que intentaba trepar a un árbol. La primera pedrada hirió una pata del animal, que se desprendió del tronco y cayó patas arriba; con una fuerte contorsión del espinazo logró ponerse de nuevo sobre sus patas y salió huyendo hacia un conjunto de rocas en dirección contraria al árbol, a una velocidad que hacía más alucinante su color, dejando estelas de verdes brillantes tras de sí. Martín intentaba cortar el paso con una andanada de piedras que impactaban siempre un poco adelante o un poco más atrás, levantando pequeñas nubes de polvo que eran disipadas al instante por la cola o la cabeza de la iguana. Poco antes de que el reptil alcanzara una

pequeña entrada en la base del montículo de rocas, Víctor entrece-rró los ojos, sacó un poco la lengua, levantó su brazo con un movimiento de látigo y disparó con fuerza de fusil. Atinó en la cabeza. El cuerpo de la iguana convulsión por unos breves segundos y de pronto se quedó quieta, con las patas muy tensas y los dedos muy abiertos. Luisa dio un pequeño salto y emitió un corto chillido de alegría, se acercó a Víctor para abrazarlo pero cuando llegó donde él se limitó a tocarle el brazo, como intimidada por tanta fuerza. Yo ni siquiera alcancé a coger una piedra. Martín se acercó exultante al cadáver y lo alzó por la cola.

-Mirá, mide casi un metro, yo creo que nadie ha matado una tan grande, somos los campeones, vas a ver cómo van a estar de envidiosos los de la cuadra -dijo, mientras volvía la iguana a su lugar.

-Vamos a sacarle los huevos -nos ordenó, después de observar por unos instantes el cuerpo de una manera extasiada.

Luisa y Víctor lo siguieron por el sendero que conducía a la cartera. Yo me quedé atrás un momento para observar los dados que todos habían olvidado y comprobé, con una alegría que ascendía desde el pecho y golpeaba contra el cráneo, que, por lo menos en los dados, aunque solo fuera en mi fantasía, Víctor no había ganado.

Después de aquella caza, cada vez que formábamos corrillos para jugar a las bolas o a la pirinola, alguien le pedía a Víctor que contara el cuento de cómo había matado la iguana más grande que se había visto en toda la historia del barrio. Él enderezaba la espalda y ponía cara de bravo para narrar aquella aventura como si

se hubiera enfrentado a un monstruo de proporciones fantásticas. Martín apoyaba el relato de Víctor con interjecciones que corroboraban las audacias del héroe, limitándose a aclarar su papel de humilde escudero en aquella gesta. Luisa lo escuchaba expectante y asombrada, como si no hubiera estado allí, puntuando la narración con hipos de sorpresa o suspiros de alivio, todo de manera imperitante y cursi, casi hasta provocarme vómito. A mí me mortificaba el fastidio que me producía el hecho de que todo el tiempo se interrumpiera el juego para escuchar las mentiras de Víctor, quería gritar que se callara, que no le creyeran, que continuáramos con el juego, pero nadie me haría caso y quizá me ganaría una paliza.

Por esos días, cuando nos reuníamos para hacer expediciones a las colinas que quedaban detrás del barrio, todos aclamaban a Víctor para dirigir el juego de la seguidilla, que consistía en hacer lo que a él se le ocurriera, por muy temerario que fuera, con la intención de que en algún momento alguien se acobardara y los demás le pudieran caer encima a pescozones. Y yo, que en aquel entonces no era capaz de zafarme de un sentimiento mitad envidia y mitad desprecio hacia Víctor, rogaba para que sus ocurrencias no estuvieran fuera de mis posibilidades; no solo por la tunda que me ganaría en caso de no poder seguirlo, sino porque quería que Luisa dejara de mirarme con lástima por ser un cobarde debilucho.

Claro que esta fama me la había ganado con sobrados méritos, unos aportados por la naturaleza y otros por la paranoia de mi mamá. Siempre sufrí de asma; y aun en las tardes soleadas mi mamá me mandaba a la calle con chaquetas y bufandas por temor a que me resfriara. En los momentos de más intenso calor, algunos niños

se me acercaban, se quedaban un rato viéndome sudar y pon cara de asco al ver cómo me cocinaba. Con una regularidad incomprensible, siempre hacia el final del año escolar me enfermaba. Entre septiembre y octubre empezaban los síntomas de cualquier enfermedad, aunque nunca pude saber si se alternaban al azar o tenían alguna lógica en el orden de aparición. La mayoría de ellas eran molestas pero conocidas; todas implicaban quedarme en mi casa, razón por la cual siempre terminaba los cursos fuera de la escuela. Sin embargo, también aparecían algunas enfermedades extrañas que duraban mucho tiempo y que no me impedían salir a la calle, como el enigmático brote que me dio en el escroto. Esta enfermedad tenía dos cosas buenas y una mala: las buenas eran que podía salir a jugar y que me producía un placer inmenso; la mala era que no podía resistirme a tal placer y muchas veces lo hacía en frente de todo el mundo sin darme cuenta. Como a esto en el barrio me llamaron mucho tiempo Titi, después de que un día alguien vio al mono titi de una vecina rascándole las gúevas, muy concentrado y encarnizado, y llamó a todos que estaban jugando en la calle para decirles que aquel mono parecía a mí.

Tal vez todas las enfermedades que padecí menguaron mi fuerza corporal; había días en que no era capaz de cargar ni siquiera ladrillo sin sentir que me asfixiaba o que se me iban a reventar las venas. Pero la cobardía sí parecía ser congénita. Desde siempre asustaron los sonidos fuertes, pero también el silencio extremo. Cuando era niño, cada vez que el cuarto se quedaba en silencio rompía a llorar para que alguien entrara a llenarlo de cualquier sonido, aunque fuera el del cobertor desplazando el aire ante:

posarse en mi cuerpo. Durante toda mi infancia nunca soporté las alturas, vomitaba con solo ver que alguien empuñaba un cuchillo, ni qué decir una pistola, y les temía a todos los animales. Esta propensión mía a la cobardía habría permanecido medio oculta a todos si no fuera porque una mañana, de regreso de una caminata por las colinas, a Martín se le ocurrió que debíamos escalar una pequeña ladera muy empinada, más o menos de unos diez metros. Con el miedo apretándome el estómago decidí seguirlos, tratando de poner las manos y los pies en los lugares en los que se apoyaba Martín. Uno a uno fueron llegando a la cima y yo no lograba avanzar. De pronto Martín aceleró su ascenso y perdí su rastro. Estaba ya muy arriba para devolverme, pero no lo suficiente para alcanzar la cima con facilidad. Los muchachos empezaron a impacientarse y me gritaban algo, pero en mi aturdimiento no pude saber si me animaban o me insultaban. Solo era capaz de mirar la tierra y las piedras frente a mi rostro mientras un dolor de cabeza intenso me atacaba. De pronto me percaté de que no escuchaba las voces, llamé a Martín pero no me contestó, me atreví a mirar hacia arriba y no vi a nadie. Se habían marchado. Sentí que un abismo me atraía, imaginé mi propia muerte aplastado en el fondo de un gran cañón y rompí a llorar llamando a gritos a Martín. Era un grito de ruego, pero también de maldición. No sé cuánto tiempo tardaron en regresar con una cuerda. Martín descendió, me dio la cuerda y me ayudó a subir con palabras de ánimo. Ya arriba caminé a su lado, secándome las lágrimas en silencio, ante la mirada burlona de los otros niños que, lejos de compadecerse, parecían querer caerme a pescozones y gritarme "gallina", pero al parecer alguien los había amenazado porque no se atrevieron. Pero lo más doloroso fue la

comiseración de Luisa, que me transmitió apretándome el hombro con suavidad sin decir nada y haciendo una mueca rara con los labios.

A pesar de aquella situación, yo estaba casi todo el tiempo con Víctor, Luisa y Martín. Al principio solo éramos Martín y yo. Permanecíamos muchas horas en la terraza de su casa armando caucheras, preparando anzuelos, persiguiendo lagartijas, fumando escondidas, hasta que un día descubrimos a Luisa, desgreñada y descalza en la acera de enfrente. Martín puso esa cara de hambriento que ponía cada vez que encontraba algo digno de su curiosidad, bajamos a hablar con ella y nunca volví a la terraza, porque ya era ella la que le ayudaba con las caucheras y los anzuelos; a mí me convidaban a las excursiones por las colinas o a fumar a la orilla de la quebrada, pero nunca a su casa. No es que Luisa hubiera aparecido de la nada o se hubiera mudado al barrio; siempre estuvo allí. De un momento a otro creció y se hizo visible para nosotros. Quien sí apareció de repente en la cuadra fue Víctor. Una noche cualquier indio y vaqueros. Nadie objetó nada y Martín volvió a poner su cara de inanición. Muy pronto, Víctor tuvo oportunidad de mostrar sus habilidades, haciéndose merecedor de la admiración de Luisa y Martín. Desde entonces íbamos los cuatro a fumar, a pescar y a cazar, pero Luisa nunca regresó a la terraza de la casa de Martín.

En aquel cuarteto yo ocupaba un lugar incómodo en todo: Víctor en algunas ocasiones miraba de manera despectiva a Luisa, a Martín con más frecuencia y a mí, siempre; Martín miraba siempre con hambre y sed a Víctor, algunas veces a Luisa y nunca a mí; Luisa

admiraba todo el tiempo a Víctor con un mohín casi babeante, de vez en cuando a Martín, y a mí me miraba sin disimulo con cara de pesar. Sin embargo, todo transcurría con una moderada armonía, hasta que sucedió lo de Martín.

La noche anterior a la excursión en la que ocurrió lo de Martín había llovido, por eso cuando llegamos a la orilla de la quebrada ya estábamos empantanados hasta los calzoncillos. Teníamos que atravesarla para seguir el camino del costado oriental de las colinas y así llegar a los tanques abandonados, donde podíamos fumar y nadar. La corriente no estaba alta pero sí se veía muy fuerte, de color marrón con vetas de espuma, y emitía un opaco rumor de piedras y troncos. Nos detuvimos con asombro y frustración a contemplar la furiosa tiranía de aquel monstruo que en otras ocasiones parecía una serpiente inofensiva. Luisa y yo nos preparábamos para regresar cuando Víctor señaló, un poco más abajo de donde estábamos, una serie de cuatro rocas que sobresalían del agua, distantes entre sí, pero que, con algunos saltos, podían servir de puente para atravesar la quebrada. Sin decir nada, Víctor dio cinco saltos con un ostensible esfuerzo hasta llegar a la otra orilla, desde donde nos miraba con una amplia sonrisa. En la jerarquía tácita que se había establecido entre nosotros le correspondía a Martín el turno de cruzar. Amagó el primer salto, pero no lo realizó. Era la primera vez que veía vacilar a Martín. Luisa aprovechó ese bache y con un gesto de impaciencia lo apartó e inició los saltos, mucho más lentos que los de Víctor, agarrándose a las piedras con las manos en cada oportunidad, hasta que se reunió con Víctor al otro lado y nos miraban los dos con sonrisas jadeantes. Para ese mo-

mento, yo ya tenía la convicción de que no cruzaría, sentía cómo me temblaban las piernas de solo pensar en dar uno de aquellos saltos. Pero Martín no lo sabía y no podía permitir que yo pasara primero que él, así que tomó mucho aire y brincó hasta la primera piedra, donde aterrizó parado, sin agarrarse con las manos, pues tampoco podía cruzar de la misma manera que lo había hecho Luisa. Se quedó varios minutos quieto, calculando su próximo movimiento. Entre tanto, en mí crecía un odio incandescente hacia los tres, pues sabía que al no cruzar quedaría por fuera del grupo y sería el objeto de burla de todo el barrio durante meses. Cuando vi que Martín se preparaba para su próximo salto, pedí con toda la devoción de que fui capaz, con toda la energía posible concentrada en mis puños, invocando el espíritu de la quebrada, que el agua se lo llevara. Martín brincó por segunda vez, pero solo alcanzó a poner uno de los pies en la próxima roca, resbaló y cayó al agua. Abrió mucho la boca sin poder gritar y trataba de mirar hacia las dos orillas. El agua lo arrastró unos dos metros antes de que se aferrara a una pequeña roca que lo detuvo golpeándole las costillas. Se veía exhausto. Como estaba más cerca de mi orilla decidí pedirme ayuda a mí, gritaba mi nombre y me señalaba algo cerca de mí mientras vociferaba:

—¡La rama, pasame la rama!

La vi a más o menos a medio metro, pero no quise recogerla. Me quedé mirando cómo se transformaba su rostro en una expresión de pánico que me daba ganas de reír, cómo le empezaban a temblar los antebrazos, cómo abría la boca de manera desmesurada para gritar mi nombre. Era un grito de ruego, pero también de

maldición. De pronto se soltó, el agua se lo tragó y no lo vimos más. Víctor y Luisa no se veían asustados, durante unos minutos se quedaron observando con inquietud la corriente para ver dónde se asomaría de nuevo Martín, pero al cabo de un rato parecieron comprender y se sentaron en el barro de la orilla: ella con la cara entre las manos, él mirándome a mí.

Las primeras horas después de la muerte de Martín me sentía como dentro de un juego, con la alegre sensación de ir ganando, pero todo empezó a descomponerse con una velocidad creciente desde el momento en que mi mamá me dijo que íbamos para el velorio de mi amigo; de solo pensar en tener que ponerme los zapatos nuevos que me tallaban se me agrió el ánimo. En la sala de velación, entre el intenso olor de las flores, el humo de los velones, los murmullos monocordes y los perfumes dulzones, empecé a sofocarme. Sentí dos gotas de sudor viajando desde la nuca hacia la espalda; el foco de la visión se me redujo a las baldosas que veía en tonos amarillentos que se desplazaban como hormigas, hormigueo que luego empecé a sentir en los labios; hasta que unas manos me tomaron por los hombros y escuché la voz de mi mamá.

—Pobrecito, está muy impresionado —lo dijo para todos.

En seguida vino el alivio de la leche caliente con azúcar y el regreso a casa sin tener que ir al cementerio. En los días siguientes la alegría desapareció por completo y fue reemplazada por una sensación de vacío y silencio a mi alrededor; las tardes se alargaban lentamente en la semioscuridad de mi cuarto tratando de encontrar alguna entretención en la radio o en unos libros rarísimos de los que no entendía nada; al final el tedio era tan abrumador

que quería salir corriendo a la calle, pero no era capaz, sentía una especie de vergüenza que me lo impedía. Las noches se llenaron de sonidos amenazantes, de sombras sospechosas y de pesadillas. Una vez soñé que estaba en una playa mirando hacia el mar y empecé a convocar a cada una de las personas que conocía; a medida que iban llegando les recitaba todas las cosas molestas que me habían hecho y las paraba una al lado de la anterior hasta formar una gran hilera; cuando terminé de exponerles su prontuario, con un movimiento del puño derecho levanté una ola gigante que se los tragó a todos, pero el silencio posterior me hizo salir del sueño. Luego de la angustia inicial sentí alegría al recordar el ruego que le había hecho a la quebrada el día que Martín se ahogó. Lo que indicaba para mí el sueño era la constatación de que nadie podría hacerme daño, tenía poder sobre la naturaleza, podía enfrentarme a quien quisiera y ella siempre me cuidaría o me ayudaría. Al otro día salí tranquilo a la calle.

Después de la muerte de Martín se produjo en mí cierta liberación, me convertí en alguien osado gracias a la convicción de que la naturaleza me obedecía. Cuando volví a la calle me comportaba con bastante prepotencia: miraba a todo el mundo con insolencia, incluso a los desconocidos, me reía de todos los muchachos que eran víctimas de accidentes o de maldades, era el primero en caerle a pescozones al que no fuera capaz de hacer la seguidilla. Sentía que me había convertido en alguien indestructible.

En contraste, Víctor y Luisa parecían cada vez más disminuidos. Ella salía cada vez menos a la calle y cuando lo hacía se quedaba sentada en la acera de su casa sin hablar con nadie. Él ya no co-

mandaba los juegos ni proponía excursiones, pero, además de esto, algo en él había cambiado: me miraba con mucha atención, como queriendo desentrañar un misterio o arrancarme un secreto, o como esperando el momento propicio para atacarme. Esa vigilancia insistente me exasperaba. Su mirada parecía acusarme de algo y ya no era la displicencia sino una especie de hastío por su parte; en esa mirada había un impulso aniquilador que me perturbaba. Yo sentía que en el fondo Víctor me estaba retando, pero no se atrevía a decirlo abiertamente porque de alguna manera había percibido mi nueva fuerza y probablemente eso lo desconcertaba.

Esa molestia que me producía Víctor, su evidente desconcierto y mi nueva fantasía de amo de la naturaleza, fue tal vez la mezcla que me llevó a desafiarlo; hazaña que ni yo mismo me habría creído capaz de hacer poco tiempo antes, pero en ese momento era diferente: algo en mí había explotado y yo sentía su onda expansiva masacrando las células y evaporando los líquidos de un cerebro que parecía querer salir huyendo por los oídos.

La oportunidad de retar a Víctor se presentó durante un partido de fútbol. Estrábamos jugando en equipos contrarios; en un choque que tuvimos por disputarnos el balón, él me pisó a propósito y me empujó. En otra época me habría quedado callado, me habría levantado e ignorado la agresión, pero esta vez me paré con la mayor velocidad posible y lo encaré.

-¿Qué te pasa? -le grité muy cerca del rostro, expulsando mucha saliva.

Por unos instantes su sorpresa lo aturdió, pero muy pronto se repuso.

-¿Qué es lo que querés, pues? -me respondió, empujándome con un golpe en el pecho, sin gestos exagerados.

Esa tranquilidad tal vez se la daba la confianza en sus puños, que tenían fama de embestir como avispones una vez que entrabas en su área de ataque, y no te soltaban hasta que tu cara era un amasijo de piel descolocada, humedecida por las lágrimas y la sangre. Ya todos los jugadores estaban alrededor de nosotros formando un círculo, esperaban que empezara el embate que me dejaría como carne molida. Yo también lo esperaba, de alguna manera me sabía perdido en una pelea con Víctor. Pero, para mi sorpresa, y no sé si los otros notaron lo extraño de su decisión, no me golpeó sino que habló.

-Decime, pues, de una vez, qué es lo que pasa con vos, gallina -esta última palabra la pronunció como si estuviera a punto de vomitar.

-Pasa que vos sos más gallina que yo -le contesté y sentí que el paisaje se contraía y se volvía a expandir.

Entre el público se elevó una exclamación colectiva que transmitía su sorpresa porque no esperaban mi respuesta, pero también alegría porque aquello haría más intensa la paliza. Víctor volvió a mirarme como si quisiera desentrañar algo.

-¿Qué es lo que querés que haga? -me preguntó, ofreciéndome su pecho.

Esta vez el público, con una especie de zumbido, declaró su decepción. Aquello había dejado de ser una pelea y se había conver-

tido en una seguidilla. Pero los espectadores se animaron de nuevo cuando le respondi.

-Que miremos a ver cuál de los dos es capaz de pasar las poleas -cuando lo dije sentí un fugaz mareo y un cosquilleo en el culo, síntoma de miedo; tal vez hasta allí no había llegado la onda expansiva de mi nuevo yo envalentonado.

Todos se quedaron callados. Mis piernas se debatían entre sostenirme o aprovechar la poca energía para salir corriendo; mi cerebro intentaba derramarse por mis ojos.

-Listo -respondió Víctor, antes de que mi cuerpo decidiera qué hacer.

Se armó una algarabía porque todos querían felicitar y aconsejar a Víctor. El grupo se disolvió y nadie recogió el balón. Me quedé solo, preguntándome qué sienten los boxeadores cuando suena la campana de inicio del primer round.

Las poleas estaban instaladas en una vieja mina que quedaba a una hora de camino hacia el norte por la misma carretera que conducía a los tanques abandonados. En realidad era un cañón del que nunca supimos qué sacaban, pero siempre había allí hombres con cascos trabajando y cargando mucha tierra en carretas. Las poleas servían para pasar herramientas y paquetes de una orilla a la otra del abismo que formaba el cañón, una distancia de unos doscientos metros a cincuenta metros del fondo, donde se podía ver un hilillo de agua. En los primeros sesenta metros de recorrido de la polea, a cinco metros justo debajo de los cables, había una malla elástica. Cuando íbamos a la mina el juego consistía en colgarse de las po-

leas y dejarse caer en la malla. Para muchos de nosotros el placer consistía en sentir el vértigo de ese breve vuelo por el cual valía la pena aguantarse el rejonazo del plástico de la malla cuando aterrizábamos. Para otros el placer estaba en apostar quién era capaz de soltarse más cerca del final de la malla, quién se atrevía a tentar más de cerca el abismo. Estos eran los ídolos de las poleas y se esperaba que de entre ellos surgiera algún día el héroe mítico que cruzaría el cañón colgado de ellas. No sé si Víctor sabía que nadie lo había hecho. Solo existían leyendas de niños de otros tiempos que habían cruzado el cañón, pero nadie los había visto, siempre habían vivido muchos años atrás, por lo cual no había quien atestiguar, todos se limitaban a narrar lo que habían narrado. otros. Por eso era un gran acontecimiento que Víctor y yo nos hubiéramos retado a pasar el cañón. Como nadie tenía la más mínima fe en mí, todos tenían sus esperanzas puestas en él.

Nos habíamos citado el sábado a las tres de la tarde porque en la mina trabajaban hasta las dos. Llegué a las dos y quince, solo; me había ido antes para caminar despacio y evitar que de pronto me diera un ataque de asma, lo que me pasaba muchas veces cuando intentaba seguir el paso de los otros. Había un par de niños de unos diez años jugando en las poleas. Me quedé sentado mirándolos, pensando en la fragilidad de esa membrana que los separaba del abismo y se los arrebatada a la muerte cada vez que rebotaban en la malla. Tal vez en ese momento no lo pensé de esta manera, pero sí sentí el mismo asombro.

A las dos y treinta llegó Víctor acompañado de otros quince muchachos, entre ellos Luisa. Todos me saludaron, excepto mi con-

tendiente, que parecía estar en trance mientras le hacían masajes y le pasaban una toalla por la cara como se ve en las películas que hacen con los boxeadores. A las dos y cuarenta y cinco, teniendo en cuenta que ya estábamos todos, alguien decidió que empezáramos la competencia. Carlitos, uno de esos niños que habían crecido de repente y ahora nos hablaba como si fuéramos del mismo rango, se autoproclamó juez de la contienda. Nos llevó hasta el inicio de las poleas, nos puso a Víctor y a mí frente a frente, hizo que nos diéramos la mano como señal de juego limpio y nos explicó las reglas, que eran sencillas: se decidiría el turno al cara y sello, los dos debíamos hacer el recorrido sin importar que el primero en participar hubiera alcanzado la meta, en caso de empate una comisión decidiría una prueba adicional. Después de rebuscar mucho en sus bolsillos por fin encontró una moneda, la tiró y el primer turno me correspondió a mí.

Todos se alejaron y me dejaron solo frente a la polea. Respiré hondo y me colgué dando un pequeño salto. La polea empezó a moverse, muy lenta, mientras yo empezaba a sentir el jalón del abismo, primero como unas cosquillas que partían del coxis e irri-gaban todas las vértebras, después como si mis piernas fueran dos bloques de cemento amarrados a mi pelvis, y, más tarde, cuando vi que faltaban pocos metros para que se acabara la malla, mis brazos parecían quemarme, como queriendo fundir sus ataduras con ese cuerpo monumental que en ese momento desconocía. Pensé que si me concentraba en otras cosas y trataba de olvidar mi cuerpo podría resistir hasta el otro lado, pero esta vez fueron mis dedos los que protestaron y se soltaron de la manija de la polea, dejándome

caer a escasos tres metros del final de la malla. Cuando inmediato sentí que se elevaban los aplausos y los gritos. Me tomó algunos minutos reponerme y volver a donde estaban todos. Nadie me dijo nada, Carlitos a mi lado y le dio la orden de salida a Víctor.

Desde que se colgó todos hicieron silencio. Esta vez era Víctor el que iba tan lento como cuando yo estaba. No podía dejar de sentir cierta alegría al pensar que iba padeciendo la misma incomodidad y el mismo dolor que yo sentí, sabía que su cuerpo muy pronto se rebelaría. Cuando se acercaba al final de la malla, todos los ojos se le adionaron más tensión a la escena estirando y apretando sus puños como en un ruego secreto. En el momento que fue evidente que avanzaba por fuera de la malla un fino murmullo de admiración. Para ese entonces Víctor ya estaba dando un pequeño salto. Yo aguzaba mi visión para tratar de captar las señales del desgaste y la posterior rendición, pero mi rostro porque nos daba la espalda, y tampoco alcanzaba a ver el temblor de sus brazos ni mucho menos la reacción de sus dedos. Todos estaban ya esperando que se cumpliera con la atención concentrada en ese muñeco inverosímil de pronto se soltó y empezó a caer con una apariencia que parecía quitarle consistencia a aquel acontecimiento una caída aquello era casi un vuelo. Todos nos quedamos mirando el punto donde estaba antes colgada la malla comprobando que la ausencia no era una ilusión. Solo

hasta el borde del cañón para ver cómo se estrellaba ese pequeño cuerpo en el fondo del abismo. Su expresión transmitía más una incrédula admiración que un sentimiento de dolor o de terror. Carlitos, con tono de desconcierto, me preguntó:

—¿Entonces, quién ganó?

El ángel y el poeta

Estas botas me están matando, los talones me arden, parece que caminara sobre clavos. El pantalón me está empezando a picar en los muslos, sabrá el diablo qué tela es esta que se pega y rechina como si fuera icopor; a veces, si uno no tiene calzoncillos gruesos, la picazón se ensaña con las nalgas y es peor porque uno ni siquiera se puede sentar. Menos mal dejé el sombrero en la chaza de Malú porque si no estaría más encartado todavía con la trompeta y ese armatoste que uno no aguanta ni en la mano ni en la cabeza, te encalambra el brazo y el cuello, pero no lo podés botar, ni aplastar, ni rasgar un poquito porque te lo cobran como nuevo. Por eso me dio algo de inquietud dejárselo a Malú, pero ella ya se iba, siempre se va a las cinco, y yo no sabía cuánto más me tocaría esperar al muchachito ese que me encargó Elías y que, según la boleta que me mandó, llegaría entre las seis y las siete de la mañana, a la esquina de La Herradura, por el lado de la calle Colombia. A esta hora no me gusta hacer trabajo alguno porque me toca pasarme la noche en vela y me da mucho más duro después de las tres, cuando todos mis compañeros se van, aunque la charla con Malú me ayuda mucho. En el papel que Elías me hizo llegar decía que este era un caso especial. No me dijo cómo reconocer al muchacho, pero todos son igualitos: universitarios andrajosos con el pelo largo y una mochila